

Marie Sophie Germain. *Matemática francesa.*

por *Bonia Campos Rivero, 3º E.S.O.*

Padre es un hombre inteligente y culto, pero severo. En casa tenemos una biblioteca llena de libros sobre todo tipo de cosas. Me fascinan. A pesar de que nunca me dejan entrar, lo hago continuamente. No recibo educación en casa y tampoco me dejan salir, a causa de de Revolución. Madre dice que no estamos hechas para la enseñanza. Eso me indigna. ¡Podría llegar a ser tan buena como cualquier hombre! Sin embargo, no digo nada. Las tareas del hogar y las actividades propias de mujeres me aburren, además de que me indigna hacerlas.

A veces, cuando nadie me ve, entro en la biblioteca y leo hasta altas horas de la noche. El olor a papel y tinta, las palabras impresas... es magia. He aprendido a leer a través de algunos libros de vocabulario sencillo, y sé que lo hago mejor que muchos varones de mi edad. También intento aprender a leer en latín y griego, puesto que leer a grandes filósofos y científicos es más emocionante en sus lenguas natales. Me fascina una ciencia en concreto; las matemáticas.

En principio, son sencillas, pero más tarde, se vuelven complicadas y dejan de ser sólo números. También hay letras. Y es eso lo que más me atrae; ¡tiene infinitas combinaciones y requiere esfuerzo! Nunca se acaban. Es impensable.

–¡Marie Sophie! –Madre chilla cuando me ve en la biblioteca, consultando un libro.

Mi rostro palidece. La miro, sin saber qué decir. Me levanto de la silla y ésta cae al suelo. Intento escabullirme corriendo, pero una mano me agarra y me detiene.

–¡Maldita niña! –nunca había visto a Padre tan fuera de sí–. ¡Tienes la entrada prohibida a esta sala! ¡No debes entrar! ¡Ni tocar los libros!

La fuerza con que me agarra por el brazo me hace temblar. Gimoteo. Me arrastra a empujones hacia mi habitación. Empiezo a llorar.

–Padre, ¡por el amor de Dios! Tened piedad. Sólo deseo aprender –me cubro el rostro con las manos.

Escucho sus pasos, acercándose a mí. La doncella habla con mi padre en el corredor. Tiemblo levemente, llena de ira, rabia, una profunda tristeza y desesperación.

–¡Adélaïde! –Padre llama a la criada, que acude a toda prisa.

–¿Sí, señor?

–Despojadla de luz y ropa con la que abrigarse. Y vigiladla. Desde ahora no podrá salir ni tan siquiera al jardín –las órdenes de mi progenitor hacen que llore aún más.

Ya es de día. La noche ha estado cargada de pesadillas, y apenas he logrado conciliar el sueño. Adélaïde, aunque con esa rigidez y rencor con las que se dirige a mí, ha tenido la bondad de dejarme suficiente ropa de cama como para que no tenga frío. Y ahora, muy a mi desgracia, sólo tengo un fino camisón con el que arroparme.

Salgo de la habitación y paso junto a la biblioteca, sin apenas mirar a la robusta puerta de roble que me separa de mi pequeño paraíso. Bajo las escaleras con parsimonia, y llego a la cocina.

–Adélaïde, ¿dónde están Padre y Madre?

–Los señores han ido a visitar a la familia Lemoine. Volverán después de la comida – responde sin apenas mirarme.

Aún es temprano. Un par de niños juegan en las calles. Por su vestimenta es fácil adivinar que son huérfanos. Se me ocurre una idea. Lentamente, abro la puerta que da a la calle.

–¡Eh! –llamo a los niños, que acuden rápidamente.

Me acerco a la valla que cubre el pequeño jardín para poder hablar con ellos.

–¿Podéis hacerme un favor? Necesito velas. Traedme cuantas podáis. Os pagaré por ellas. Dejadlas escondidas, las encontraré.

–¿Cuánto pagará por ellas?

–Cuatro mendrugos de pan.

Se miran, con un diálogo mental entre ellos que no logro comprender. Luego, asienten y se alejan corriendo.

–¡Sophie! ¡Vuelva aquí inmediatamente!

Regreso a la casa rápidamente. Espero que el plan que he tramado salga bien, si no, es probable que no tenga otra oportunidad.

Por fin cae la noche. Apenas crucé palabra con Padre, y tan siquiera pude mirar a Madre. Siento vergüenza hacia ella. Sé que la igualdad entre hombres y mujeres dista mucho de ser ideal, pero su sumisión (y la de otras muchas señoras) hacia sus maridos me parece despreciable.

Me aseguro mucho de que todos en la casa están dormidos. No sé con certeza la hora que es, pero tampoco me interesa mucho.

Me doy abrigo con una manta y procedo a bajar las escaleras, con sumo cuidado y sin hacer ruido, en la penumbra.

Abro la puerta con la llave que había escondido en mi habitación y corro hacia la verja. Rebusco entre los pequeños matorrales hasta que encuentro las velas. Sólo me han traído tres. Una entera, y las otras dos, algo consumidas, no obstante, y aunque son suficientes, estoy segura de que las han robado de alguna iglesia. Deposito los mendrugos donde puedo y vuelvo a casa.

Por suerte, la biblioteca no ha sido cerrada con llave. Entro a hurtadillas y, con una cerilla (robada en un despiste de Adélaïde) enciendo una de las velas.

Cojo un libro de un estante con un letrero que reza ‘Matemáticas’. Abro el encuadernado en cuero, bastante antiguo, y aspiro su aroma. Es, simplemente, maravilloso. Me esfuerzo por no llorar o gritar de alegría. Nada me hace más feliz. Me paso la noche leyendo y admirando a los grandes matemáticos, pero tan sólo uno es capaz de impresionarme; es una mujer, Hipatia de Alejandría.

Leo y averiguo todo lo que puedo sobre ella. De alguna forma, me siento identificada. Una mujer que fue acusada injustamente sobre ser la causante de una disputa entre Cirilio y Orestes, la cual le causó la muerte, por ser quien era y luchar por hacerse un hueco entre los grandes nombres de la ciencia... Yo, aunque me cueste la vida, pienso hacer lo mismo.

Me he pasado las dos últimas semanas sin apenas dormir, estudiando todo lo que he podido. Temo el día en el que Padre me descubra y nunca más me permita que me alimente de todo el conocimiento que está a mi alcance. Y sé que tal vez ese día, termine con mi vida.

He leído y oído hablar sobre un hombre llamado Lagrange. Tal vez acopie el valor para mandarle una carta al respecto de una de sus teorías, aunque es interesante, me temo que está errado.

Nunca me cansaré de practicar las matemáticas. A veces siento que no puedo más y comienzo a simplificar mis pensamientos y, como por arte de magia, encuentro el resultado.

La manta con la que me abrigo por las noches empieza a resultarme inútil. Creo que dormir tan poco me está debilitando físicamente y, sin embargo, mentalmente me siento cada mejor. Tal vez la salud sea un pequeño precio a pagar por el simple hecho de ser feliz.

Noto como alguien tira de mi manta. Me giro, sobresaltada. ¡Es esa maldita criada, Adélaïde!

—¡Señor Germain! —chilla, y éste acude rápidamente—. La he encontrado aquí, husmeando en sus cosas, señor. Estaba desvelada y escuché algún ruido extraño.

—Está bien, por favor, retírese a descansar. Ya me encargo yo.

Miro con miedo a Padre. Temo que ejerza la violencia sobre mí. Cierto es que rara vez se ha atrevido a pegarme, mas, aún así, el tema de que su hija estudie lo llena de ira.

—Por favor... —gimo, con la mirada suplicante.

Él niega con la cabeza y se sienta a mi lado. Me devuelve la manta, que estaba en el suelo.

—No consigo entender qué he hecho mal contigo. ¡Eres muy bella, Sophie! Y también eres hábil con las labores de casa. Y aunque sé que la idea no te hace feliz, ¡podrías ser una buena esposa!

–Padre, respeto sus buenas intenciones. Pero, más que una ama de hogar o una señora, mi deseo es ser matemática –digo, en un acto que demuestra un valor desconocido hasta ahora en mí.

Noto cómo reflexiona. Acaricia su espesa y elegante barba negra. Rara vez lo he visto tan en calma y en paz.

–No te ensañaré. Aprenderás por tu cuenta, mas, tendrás a tu disposición todo el material que también está a mi alcance –hace una breve pausa–. No me enorgullece que seas matemática, es muy probable que no te cases y no me des nietos. Pero aún así, sé que no habrá nada que te detenga.

Lo abrazo. Y Padre se deja. Aunque es muy estricto, es un buen hombre.

Vuelvo a mi habitación, feliz. Ha intentado comprenderme, y eso ya es mucho viniendo de él. Siento ganas de llorar de pura alegría.

Espero que mis sueños, mis más íntimos deseos, se cumplan. Porque es de ellos de lo que estoy hecha, y quiero poder ser real algún día.

En absoluto creo que sea imposible. Esa es una palabra de cobardes, y es que, sólo es imposible aquello que no se intenta, y si para lograr lo que quiero, debo verter sudor y sangre por ello, que el mundo tenga por seguro, que lo haré.

Bonia Campos Rivero, 3º E.S.O.